

## *La sociedad derrotada, de* **Sergio Zermeno**

*Ma. del Pilar Berríos\*\**

1968 fue el momento climático en el que algunos sectores de la sociedad civil, estudiantes, colonos asalariados pequeños y medianos empresarios, se hicieron escuchar, manifestando con su fortalecimiento un signo de modernidad que se contrapuso al tipo de relación tradicional que conformaba al Estado mexicano; para la izquierda, en nuestro país esta coyuntura abrió expectativas de cambios profundos a nivel estatal. Sergio Zermeno es uno de los intelectuales mexicanos que aportó una de las explicaciones más atractivas de la crisis de 1968 en México; en

1996, nos presenta un nuevo trabajo *La sociedad derrotada*, una investigación que fue gestando desde finales de los ochentas y que publica siete años después, una vez que sus trabajos fueron sustentados en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París.

Retomarlo ahora, en una atmósfera de retraimiento manifiesto de la sociedad civil -paralización de las negociaciones con la guerrilla chiapaneca, inexistencia parcial de movimientos de huelga, decremento acentuado de los niveles de vida de la masa trabajadora con incapacidad patente para incidir en la toma de decisiones de envergadura-, es parte de la búsqueda teórica por encontrar los elementos que pudiesen ampliar el marco de la arena política, publicitando la toma

\*Reseña del libro Zermeno, Sergio. *La sociedad derrotada. El desorden mexicano del fin de siglo*. México, UN AM-Siglo XXI, 1996. 241 pp.

\*\* Becada de Conacyt en el Programa de Maestría en Políticas Públicas, UAM-xochimilco.

de decisiones y por tanto alejando la gravedad de la crisis.

Es un material rico en datos económicos y políticos, que nos permite caracterizarlo como uno de los seguimientos mejor logrados del periodo de la modernización (1982-1995), una fuente de consulta obligatoria para tener una panorámica general de la actuación y no-actuación de actores claves en el proceso de transformación acelerada que ha manifestado el país en los últimos años. Una recopilación minuciosa cuyo ordenamiento da cuenta de una de las más atractivas interpretaciones, desde la moderna sociología de la historia reciente de nuestro país, ya que retoma como hilo conductor aquellos movimientos que no se han incorporado al proceso de democratización.

En este trabajo, en el cual nos centraremos porque sintetiza los planteamientos que ha dado a conocer en diversas publicaciones,<sup>1</sup> el autor se propone "evaluar con todo cuidado las verdaderas potencialidades de la sociedad civil". Partiendo del supuesto de que el proceso de modernización en México al no apoyarse en los agentes sociales, no sólo no los ha fortalecido, sino incluso los desmantela "despiadamente" en aras de su inserción en la economía norteamericana (1996:4).

Entre otros baste mencionar: Zermeño, Sergio, (1990) "Los intelectuales y el Estado" en *La Jornada*. México, 21 de enero. Y de (1989). "Hacia una sociología de la decadencia" en *La Jornada*. México, 20 de agosto.

Conjunto cuantioso de ensayos, es una llamada de atención frente a las vicisitudes del desarrollo mexicano, en donde, por una parte, se apoya en Alain Tou-raine -quien elaboró el prólogo del libro- y su teoría de los movimientos sociales, y por otra, debate con los "transicionistas", Linz. O' Donnell, y el pensamiento histórico de Barrington Moore.

De éstos sustrae conceptos para reformularlos en aras de contribuir a la explicación casuística, en una perspectiva en ocasiones, comparativa; así, el debate conceptual es una de las líneas que aparecen reiteradamente. Sin embargo, al dispersarse a lo largo del texto, hace que éste pierda fuerza argumentativa. Pero, en su afán demostrativo, al eliminar juicios *a priori*, lo lleva al planteamiento de una visión no lineal y hartó provocativa.

Tourine, en el prólogo del libro, señala que en los años posteriores a la década perdida en América Latina (1990-1994) la idea dominante fue la de transición hacia un modelo basado en tres pilares: economía liberal y globalizada, democracia parlamentaria y tolerancia cultural.

No obstante, también afloraron en la región posiciones pesimistas, enfrentando a la teoría de la transición, lo que llamaron análisis de la crisis e incluso de la decadencia. De aquí surgen tres estrategias para el análisis y la acción:

- a) la exigencia de una política nacionalista dando prioridad a la globalización de la economía:

- b) priorizando la democratización se opta por la construcción de un sistema político representativo;
- c) se busca la construcción de movimientos sociales que se escapen del aislamiento y la heteronomía frente a los dirigentes políticos.

Touraine considera que un análisis pertinente habría que retomar las dos últimas propuestas, aquí una primera diferencia con Zermeño, quien parece que toma partido por la última al desdeñar las posibilidades de la formalidad del juego democrático a partir del cual es imposible obtener la democracia social como objetivo último de las reivindicaciones de los actores de la modernidad (empresariado de la etapa substitutiva de importaciones, capas medias del asalariado público, proletariado, burguesía mediana y pequeña y campesinos, aunque estos últimos no sean actores exclusivos de la modernidad).

Sin caer, en lo que pareciera fue una comente definitoria para su análisis, la "sociología de la decadencia" es una visión pesimista -pero también propositiva-del "desorden mexicano del fin de siglo", cuya evidencia es el "severo desmantelamiento de esos actores colectivos con cierta consistencia que los países con más fuerte mestizaje de la América Latina habían venido construyendo durante el proceso de urbanización e industrialización 1940-1980".

El desarrollo del trabajo se mueve en las dicotomías entre "orden-desorden", "modernidad-modernización", "globalización-nacionalismo, y aportando como una nueva categoría la de "México roto" que junto con el México profundo de Bonfil Batalla y la aceptación de la existencia de un Estado fuerte que constituye el México articulado, estructuran el andamiaje conceptual para la elaboración de un diagnóstico de lo que plantea el marasmo en la participación social en México.

El movimiento estudiantil de 1968 sería la manifestación mejor lograda del fortalecimiento social que se vivió en los años sesentas y setentas, el mejor acercamiento a la modernidad. Tal fenómeno se subsume frente a un proceso acelerado de modernización, en la pretensión de que los cambios, que en Europa llevaron 40 o 50 años, se dieran en nuestro país en un par de sexenios, donde la "pretendida salud de la economía progresaba en relación inversa a la salud de la sociedad".

El robustecimiento de los actores sufre un decremento significativo, desdibujando los escenarios esperanzadores que ubicaban el papel transformador en las nuevas identidades, a pesar de que éstas ya se manifestaran como restringidas, la erosión deliberada de lo público se explica a partir de la conjunción de diversos factores: pobreza creciente, cambio acelerado, desorden social y atomización, destrucción de las éli-

tes modernizadoras intermedias, segmentación del mercado político, tendencia en el medio popular *hacia* la individuación defensiva y anémica, tendencia en el medio integrado hacia el consumismo individualista posesivo que se refugia en lo privado y que transfiere la culpa de las desigualdades al fracaso del Estado de bienestar, erosión de instituciones generadoras de ciudadanía y por último, propensión de los mexicanos hacia la buropolítica (p. 134).

A su vez, denota como fuentes del desorden social imperante el descontrol demográfico, el pasaje abrupto de lo tradicional campesino a lo urbano, de la industrialización excluyente, la crisis de estancamiento de los años ochentas, y el proceso de integración trans-nacional, lo que produjo la destrucción de "lo que alguna vez se llamaron clases sociales nacionales" en un entorno ideológico de neoliberalismo dependiente; la "pedacería social" existente a la que se unió el levantamiento del Ejército Zapatista en 1994, ratifica que la afinidad entre las diversas manifestaciones de malestar es únicamente a partir de la ubicación de un mismo adversario, lo que contrae aun mayor desorden; por lo que establece que "(...)el principio unificador de nuestra sociedad es, por extensión, estatal y no social: producto del no haber podido construir actores sociales con cierto poder, intermedio entre el Estado y los ciudadanos dispersos o las masas" (p. 160).

Uno de los actores cuya metamorfosis es un dato privilegiado de cómo el proceso de modernidad fue socavado por el de modernización son los intelectuales. analiza el papel de éstos dentro del período que denomina de "neoliberalismo incontestado" (1986-1993) y del neocardenismo opositor, porque considera que partiendo de este aspecto se pueden desentrañar importantes mecanismos de la dominación en México.

Después de Tlatelolco se plantearon tres vías: a) la radical-revolucionaria; b) la maoísta apoyado en el trabajo de base, y c) la democratizadora.

La tercera vía fue privilegiada y los intelectuales apoyaron el proyecto salinista. Lo anterior se puede explicar a través de elementos tales como la destrucción de la guerrilla, la apertura democrática, los presupuestos generosos para las universidades y la reforma política; en el nivel externo, el exterminio de movimientos insurreccionales, el ascenso del eurocomunismo y la relativización del papel de la clase obrera como agente central del cambio. También la "propensión buropolítica", la que entiende como la tendencia natural de la cultura y del quehacer político en México, siempre orientado hacia la influencia en los espacios del poder estatal, lo que ha constituido una vocación concertadora entre el Estado y un sector de los intelectuales que les permitió penetrar en el "núcleo duro" de la política mexicana.

Con el salinismo, los intelectuales cumplieron una función estratégica "en un nuevo papel cualitativamente muy superior" en simbiosis con los medios de comunicación de masas. Éstos llegaron a la convicción de que la democracia política poco o nada puede hacer por la democracia social. La concertación, o mejor, la cooptación del grueso de la *intelligentsia* mexicana se mostró con su trabajo de exégesis de los esfuerzos y resultados del Pronasol.

El seguimiento de proceso, llega hasta el periodo de Ernesto Zedillo, de quien rescata la invitación que hace a los inconformes para discutir de democracia, pero su carácter puntilloso lo lleva a observar, sin saber los resultados que posteriormente tuvieron las mesas para la reforma del Estado, que en la agenda no se han incluido asuntos tan vitales como el control nacional o no de los recursos estratégicos, el de la velocidad de la integración transnacional, el de las compensaciones a los actores perjudicados por estas precipitadas aperturas o el de la depreciación constante de los salarios, "sin la cual nos somos competitivos" (p. 146); ello lo explica a partir de la permeación en el sistema de la ideología de la transición pactada.

La curiosidad intelectual y la preocupación política se sostienen en Zerméño, y ante la pregunta de ¿cómo se mantiene un orden basado en una democracia políti-

ca cuando la creciente desigualdad nos aleja de la democracia social?, la nueva utopía para Zerméño estaría basada en la reconstrucción de las "identidades sustentables" no sujetas a los ritmos de la tercera revolución científica técnica, una preocupación por lo territorial, lo regional, lo comunitario. En este sentido, hasta dónde el autor no contempla la posibilidad de que actitudes como el desánimo, la apatía y el alejamiento del sistema de partidos, que hacen de la aparición de la ciudadanía en la arena política "un acto destructivo y no constructivo de institucionalidad" (p. 132), sean asumidas racionalmente por los individuos y que el modelo de desarrollo político mexicano pudiera estar basado en la consolidación de una relación Estado fuerte sociedad débil, sin menoscabo en la constitución de un sistema democrático, formal, restringido político, etc. Lo dicho nos hace plantear que Zerméño denota una acentuada infravaloración de dos aspectos fundamentales:

a) El avance democrático, el que se ha ido construyendo en nuestro país desde 1977 y que para 1996, da muestras de progresos significativos en términos no sólo electorales, sino de participación social (*v. gr.* la nueva figura de las Asociaciones Políticas, la reforma en el DF), derechos humanos, impartición y administración de justicia, etcétera.

b) El modelo híbrido de Estado, que a pesar de su tendencia a la liberalización, nunca ha dejado de implementar políticas de índole social como vértice ideológico frente al predominio del neoliberalismo a nivel internacional.

El hacer historia del proceso de construcción de aquellos asuntos que no aparecen en la agenda institucional es la mayor virtud de esta investigación, pero si no se advierte que hay procesos paralelos y definitivos ante el nuevo papel que el Estado cumple frente al proceso ineluctable de la globalización, puede ser una de las mayores fallas de esa historia, al quedar parcializada, contribuyendo a la fragmentación explicativa.

Cuando el autor nos dice "no se puede renunciar a la idea de sentido de la historia, porque al hacerlo se tendría que renunciar también al contenido humanista, al principio de que la historia está o debe estar orientada hacia la

satisfacción de las necesidades de los hombres y hacia un orden que potencie sus cualidades más elevadas: la comunicación racional, la igualdad de oportunidades, la concordia, el incremento de la cultura y el cultivo de las artes, el cuidado del cuerpo, etcétera" (p. 42), inscribe su propuesta en lo que Dror ha definido como "Razón de Humanidad", la que debe permear las decisiones y acciones del Estado, y su trabajo es evidencia suficiente para avalar un argumento que se contrapone a los postulados teóricos de los movimientos sociales en Europa y quizá los anhelos mismos del autor: "Por mucha importancia que pueda tener la conciencia individual de los ciudadanos, las iniciativas de los movimientos de base y de los agentes sociales a la hora de imprimir los cambios necesarios a las políticas públicas, la tarea sigue dependiendo en esencia de un agente primordial: la gobernación entendida en su conjunto (y los gobiernos en particular).<sup>2</sup>

Dror, Yehezke. *La capacidad de gobernar*. México, FCE, 1996. p. 11.